

Novela: El susurro del viento

Índice de capítulos

1. La niña y el pájaro
2. Los zapatos que no hacen ruido
3. El susurro del viento y la voz del loco
4. La puerta secreta
5. La torre y el secreto
6. Los hombres grises
7. El guardián de los susurros
8. El murmullo del pueblo
9. El viento nuevo

←
END

Fin

Capítulo I: La niña y el pájaro

Lucía tenía once años y unos ojos tan grandes que parecían ver más allá de las paredes. Vivía en un pueblo pequeño, donde el sol caía sobre los tejados como una manta tibia, pero donde las palabras eran frías. Nadie hablaba de política. Nadie hablaba de libros. Nadie hablaba de nada.

Su mejor amigo era un periquito amarillo llamado Federico, que no solo silbaba melodías, sino que también imitaba palabras. No hablaba como un humano, pero sí como alguien que había escuchado demasiado.

—Libros... escondidos... peligro... —decía Federico, mientras giraba la cabeza con solemnidad.

Lucía lo entendía. No como se entiende a una persona, sino como se entiende al viento: por lo que insinúa.

Sus padres, Isabel y Tomás, eran dueños de una librería polvorienta en la calle principal. Por fuera, parecía aburrida. Por dentro, era un refugio. Al fondo, detrás de una cortina raída, había una puerta secreta. Y detrás de esa puerta, había libros prohibidos.

Lucía había aprendido a leer con poemas que no estaban en los catálogos oficiales. Federico los repetía en voz baja, como si fueran oraciones.

El viento había cambiado de dirección. Ya no venía del mar con su aliento salado y cálido, sino que descendía desde las sierras como un susurro helado, colándose por las rendijas de las persianas del almacén trasero. Lucía se agachó frente a la jaula de Don Federico y le susurró algo que solo él podía entender.

—Han vuelto los extranjeros —dijo en voz baja—. Pero esta vez no llevan cámaras. Llevan zapatos que no hacen ruido.

Don Federico ladeó la cabeza con solemnidad, como si comprendiera cada palabra. Tenía esa habilidad mágica de mover el cuello justo en el momento oportuno, lo que hacía que Lucía se sintiera menos sola.

Tomás, su hermano menor, irrumpió en la trastienda con una bolsa de garbanzos y la cara cubierta de barro.

—Mamá dice que tienes que ayudar a ordenar los libros. Y papá dice que no hables con el pájaro cuando hay clientes.

Lucía suspiró.

—No es un pájaro. Es Don Federico. Ha leído más libros que tú.

—Ha comido más libros que yo —bufó Tomás, señalando una esquina de la jaula donde sobresalía una página mordisqueada de *Don Quijote*.

Lucía se levantó y caminó hacia la estantería secreta, aquella que parecía contener manuales de jardinería y recetarios, pero que en realidad ocultaba obras prohibidas: poesía republicana, novelas extranjeras, ensayos sobre libertad. El olor a papel viejo y tinta clandestina llenaba el aire.

—¿Y los turistas? —preguntó Tomás, bajando la voz.

—Uno de ellos preguntó por libros de historia. Pero no por la historia oficial. Quería saber sobre la Segunda República.

Tomás abrió los ojos como platos.

—¿Y qué hiciste?

—Le di un libro de cocina. Pero en la tapa falsa está *España, año cero*. Si lo abre en público, parecerá que busca recetas de lentejas.

Don Federico soltó un chillido agudo, como si celebrara la astucia de Lucía. En ese momento, la puerta principal de la librería se abrió con un chirrido largo y lento. Lucía se tensó. Tomás se escondió detrás de una pila de diccionarios.

Entraron dos hombres altos, con gafas oscuras y trajes demasiado limpios para el polvo del pueblo. No miraban los libros. Miraban las paredes. Miraban los techos. Miraban a Lucía.

—Buenos días —dijo uno de ellos, con una voz que no parecía necesitar respuesta.

Lucía tragó saliva. Don Federico se quedó en silencio. El viento, afuera, había dejado de soplar.

Capítulo II: La sospecha

Una tarde, mientras Lucía ordenaba libros en la trastienda, Federico comenzó a repetir una frase que nunca había dicho antes:

—Turistas... no turistas... cuidado...

Lucía se detuvo. Federico no inventaba frases. Las recogía. Las **recordaba**.

Salió a la calle y vio a dos hombres con gafas oscuras y cámaras. Pero no miraban como turistas. Miraban como **censores**. Uno de ellos se detuvo frente a la librería y tomó una foto. El otro anotó algo en una libreta.

Lucía volvió adentro y cerró la cortina. Federico chilló.

—Libro rojo... esconder...

Su madre apareció con el ceño fruncido.

—Han vuelto —dijo—. Como en el 42. Como en el 49. Pero esta vez, no estamos solos.

Lucía no entendía del todo, pero sabía que algo estaba por ocurrir. Algo que requería **valentía, silencio**, y quizás... **magia**.

Capítulo III: El susurro del viento y la voz del loco

El viento soplaba desde la sierra con un murmullo que parecía traer secretos antiguos. Las hojas de los olivos danzaban como si quisieran contar algo, pero nadie las escuchaba. Nadie, excepto Don Eusebio, el loco del pueblo, que caminaba descalzo por la plaza con una capa hecha de retales y una corona de espinas secas. Decía que hablaba con los árboles, que el viento le confiaba los nombres de los traidores.

—¡Hoy vendrán los hombres grises! —gritó señalando al cielo—. ¡Y traerán preguntas envueltas en sonrisas!

La gente se reía, pero Lucía, la niña de los ojos grandes y el corazón inquieto, no. Ella sabía que Don Eusebio no estaba tan loco como parecía. Su undulat, Federico, se agitó en su jaula colgada junto a la ventana de la librería, como si también hubiera sentido algo.

—¿Qué pasa, Fede? —susurró Lucía, acercándose.

Federico emitió un chillido agudo, como si quisiera advertirle de algo. En ese momento, entró su hermano pequeño, Mateo, con los pantalones llenos de barro y una sonrisa traviesa.

—¡He visto a unos turistas raros en la fuente! Uno tenía una cámara que no parecía de verdad. Y hablaban como si fueran de aquí, pero no lo eran.

Lucía frunció el ceño. Desde hacía semanas, su madre había estado más nerviosa de lo habitual. La librería, que por fuera parecía un lugar polvoriento y aburrido, escondía en el fondo una puerta secreta que llevaba a una sala llena de libros prohibidos: poesía republicana, novelas extranjeras, ensayos sobre libertad.

—¿Les hablaste? —preguntó Lucía.

—Claro que no. Pero uno me miró como si supiera quién soy. Y Don Eusebio les lanzó una piedra.

Lucía sintió un escalofrío. El viento volvió a soplar, esta vez más fuerte, y las campanas de la iglesia repicaron sin que nadie las tocara.

Capítulo IV: La puerta secreta

La librería olía a papel viejo, a tinta y a algo más profundo: a miedo. Lucía caminó despacio entre los estantes, acariciando los lomos de los libros como si fueran animales dormidos. Federico, su undulat, volaba libre por la tienda, haciendo piruetas entre las lámparas colgantes.

—Mateo, vigila la puerta —ordenó Lucía.

El niño se cuadró como un soldado, aunque llevaba los cordones desatados y una mancha de mermelada en la mejilla.

Lucía se acercó al rincón más oscuro del local, donde una estantería de madera carcomida ocultaba una pequeña cerradura. Introdujo una llave diminuta que llevaba colgada al cuello, y la estantería se deslizó con un crujido que parecía un suspiro.

Detrás, la sala secreta brillaba con una luz tenue. Había velas encendidas, mapas antiguos, y libros encuadernados en cuero que hablaban de mundos prohibidos. Su madre, Isabel, estaba allí, con el ceño fruncido y las manos manchadas de tinta.

—Han vuelto —dijo sin mirar a Lucía—. Los turistas. Pero no son turistas. Son inspectores encubiertos.

Lucía tragó saliva. Federico se posó en su hombro y emitió un sonido grave, como si confirmara la sospecha.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lucía.

Isabel la miró con ojos cansados pero firmes.

—Vamos a esconder los libros más peligrosos. Y tú, Lucía, debes llevar uno a un lugar seguro. Si nos registran, ese libro no puede estar aquí.

Sacó un volumen pequeño, envuelto en tela roja. Lucía lo tomó con cuidado. Era "La voz del pueblo", una colección de poemas escritos por exiliados republicanos.

—¿Dónde lo escondo?

—En la torre del campanario. Don Eusebio tiene la llave. Él sabrá qué hacer.

Lucía asintió. Federico chilló de nuevo, esta vez con un tono agudo que parecía urgencia.

—Mateo, ven conmigo —dijo Lucía.

—¿Yo? ¿Por qué siempre yo?

—Porque eres pequeño, rápido... y nadie sospecha de ti.

Mateo sonrió. Le encantaba ser parte de una misión secreta.

Capítulo V: La torre y el secreto

La torre del campanario se alzaba sobre el pueblo como un centinela dormido. Nadie subía allí desde hacía años, salvo Don Eusebio, que decía que las campanas le hablaban en sueños. Lucía y Mateo llegaron al pie de la torre justo cuando el sol comenzaba a esconderse detrás de los tejados rojos.

—¿Estás segura de que está aquí? —susurró Mateo.

—Federico lo vio desde la ventana. Y mamá dijo que él tiene la llave.

Subieron los escalones de piedra, que crujían bajo sus pies como si protestaran por cada paso. Federico volaba delante de ellos, guiándolos con chillidos suaves. Al llegar al último peldaño, encontraron la puerta de madera entreabierta.

Dentro, Don Eusebio estaba sentado en el suelo, rodeado de papeles, relojes rotos y una jaula vacía.

—Sabía que vendría —dijo sin levantar la vista—. El viento me lo contó.

Lucía se acercó con el libro envuelto en tela roja.

—Necesitamos esconder esto. Es peligroso.

Don Eusebio la miró con ojos brillantes, como si viera más allá del tiempo.

—Este libro tiene voz. Lo escuché anoche. Gritaba desde la tela.

Mateo se estremeció.

—¿Puedes guardarlo?

Don Eusebio se levantó con dificultad y caminó hacia una piedra suelta en la pared. La movió con manos temblorosas y reveló un hueco oscuro.

—Aquí dormiré. Pero no por mucho tiempo. Pronto necesitaré despertar.

Lucía colocó el libro dentro. Federico chilló, como si aprobara el escondite.

—Gracias, Don Eusebio.

—No me agradezcas. Agradece al viento. Él es quien protege a los que escuchan.

De pronto, se oyó un golpe seco abajo, en la plaza. Voces. Pasos apresurados.

—¡Nos han seguido! —gritó Mateo.

Don Eusebio cerró la piedra y les entregó una pequeña campanilla de bronce.

—Si os atrapan, hacedla sonar. No preguntéis por qué. Sólo hacedlo.

Lucía tomó la campanilla y asintió. Bajaron corriendo por la escalera, mientras el cielo se teñía de rojo y las sombras se alargaban como dedos buscando secretos.

Capítulo VI: Los hombres grises

La plaza estaba casi vacía, pero el silencio era sospechoso. Lucía y Mateo salieron del campanario con pasos rápidos, intentando parecer despreocupados. Federico volaba sobre ellos, como una sombra inquieta.

—No corras —susurró Lucía—. Si corremos, parecerá que huimos.

Mateo asintió, aunque sus piernas temblaban.

Al doblar la esquina, se toparon con dos hombres vestidos con ropa de turista. Pero sus ojos no sonreían.

—Buenas tardes, niños —dijo uno—. ¿Venís del campanario?

Lucía tragó saliva. Federico chilló desde arriba.

—Sí... fuimos a ver las campanas. Mi hermano nunca había subido.

—¿Y qué llevabas en la mano, niña? ¿Era un libro?

Lucía sintió que el corazón se le detenía. Mateo la miró, esperando una señal.

—Era... un cuaderno de dibujo.

—¿Puedo verlo?

Lucía dudó. Entonces recordó la campanilla. La hizo sonar.

Las campanas comenzaron a sonar solas. Federico chilló y descendió en picado. Mateo tiró de Lucía.

—¡Corre!

Corrieron por las callejuelas, mientras las campanas seguían sonando y los hombres gritaban órdenes. Las puertas se cerraban, las ventanas se abrían, y el viento soplaba con furia.

Capítulo VII: El guardián de los susurros

Cuando las campanas dejaron de sonar, el pueblo quedó en un silencio espeso. Las puertas se entreabrieron, los vecinos miraban con ojos llenos de preguntas. Nadie decía nada.

Don Eusebio bajó del campanario con pasos lentos. Los niños lo miraban con respeto, los adultos con temor.

—¿Qué hiciste? —preguntó Lucía.

—Las campanas no son sólo para misa. Son para despertar a los que duermen.

Lucía entendió que Don Eusebio no era sólo un excéntrico. Había sido maestro, poeta, testigo. Cuando los libros fueron quemados, él los recitó a los árboles. Cuando los nombres fueron borrados, él los escribió en las piedras del campanario.

—¿Por qué nos ayudas?

—Porque sois semilla. Y porque el viento me lo pidió.

Capítulo VIII: El murmullo del pueblo

Al día siguiente, el pueblo no era el mismo.

Las campanas habían despertado la memoria. Viejos hablaban, mujeres susurraban nombres, niños decían palabras nuevas: *libertad, justicia, esperanza*.

La librería recibió visitas. No de censores, sino de vecinos que pedían libros “para entender”.

Don Eusebio se convirtió en algo más que el loco del pueblo. Era el guardián. Lucía se convirtió en símbolo. No por lo que decía, sino por lo que hacía.

Capítulo IX: El viento nuevo

Una semana después, los hombres grises no volvieron.

La librería siguió funcionando, pero ahora con una cortina roja. Detrás, los libros prohibidos ya no se escondían. Se compartían.

Mateo aprendió poesía. Isabel volvió a escribir. Lucía subió sola al campanario.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, niña de ojos grandes, el viento sopla a favor.

Lucía sonrió. Federico voló alto. Las campanas no sonaban, pero no hacía falta. El silencio ya no era miedo. Era esperanza.

Fin

Gloser og udtryk fra novellen

Spansk	Dansk	Kommentar
el susurro	hvisken	Bruges om vinden og hemmeligheder
el viento	vinden	Symbol på frihed og forandring
el loco del pueblo	landsbytosse	Don Eusebio – en vigtig figur
la librería	boghandel	Lucías forældres butik
libros prohibidos	forbudte bøger	Bøger skjult fra regimet
el periquito	undulat	Federico – taler og advarer
el campanario	klokketårn	Sted for skjul og symbolik
los hombres grises	de grå mænd	Civilpoliti / censuragenter
la esperanza	håb	Tema i slutningen
el silencio	stilhed	Først frygt, senere modstand
la cortina roja	den røde gardin	Symbol på mod og skjulte sandheder
la semilla	frø	Don Eusebios metafor for børnene
vigilar	at holde øje med	Mateo får denne opgave
esconder	at gemme	Bruges om bøger og hemmeligheder
despertar	at vække	Bruges om landsbyens opvågning



Refleksionsspørgsmål

1. **Hvordan oplever Lucía sin verden under Franco-tiden?**
Hvilke tegn i teksten viser, at hun forstår mere end de voksne tror?
2. **Hvilken rolle spiller Federico, undulaten, i historien?**
Er han blot en fugl, eller fungerer han som en slags magisk eller symbolsk figur?
3. **Hvordan ændrer landsbyens opfattelse af Don Eusebio sig gennem historien?**
Hvad siger det om samfundets forhold til "de skæve eksistenser"?
4. **Hvad betyder det, at "el silencio ya no era miedo, era esperanza"?**
Hvordan kan stilhed både være undertrykkelse og modstand?

Diskussionsspørgsmål

1. **Hvordan bruger novellen elementer af magisk realisme til at fortælle en politisk historie?**
Kan du finde eksempler på, hvor virkelighed og fantasi blandes?
2. **Hvordan fungerer børnene som helte i historien?**
Hvad kan det sige om modstand og håb i undertrykkende tider?
3. **Hvordan ville historien være anderledes, hvis den foregik i nutiden?**
Ville Lucía og Federico stadig have samme rolle?
4. **Hvilken betydning har bøgerne i novellen?**
Er de blot objekter, eller repræsenterer de noget større?